

Cada país debe crear, mantener y
acrecentar el valor intelectual, moral
y físico de sus generaciones activas,
preparar el camino a las generaciones
venideras y sostener a las generacio-
nes eliminadas de la vida productiva.

Este es el sentido del

SEGURO SOCIAL

una economía auténtica y racional
de los recursos y valores humanos.



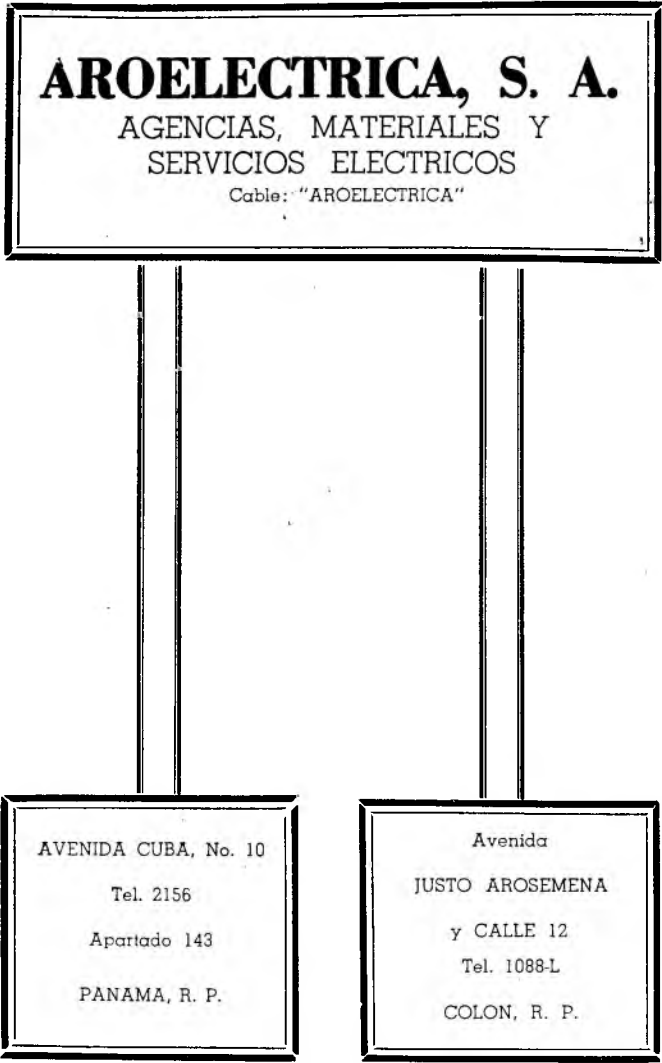
**Para Protección y
Belleza
No Hay Otra Como**

SWP

de **SHERWIN-WILLIAMS**
PINTURA PREPARADA

Hay más casas pintadas con SWP que con ninguna otra pintura. Los dueños de casa sabios y entendidos conocen los incomparables méritos de la pintura SWP. Año tras año protección y belleza — exija SWP — fabricada por Sherwin-Williams, los fabricantes de pintura más grandes del mundo.

Compañía **L. MARTINZ S.A.**



BIBLIOTECA SELECTA

PUBLICACION MENSUAL DIRIGIDA POR ROGELIO SINAN

Año I — Septiembre de 1946 — Número 9

JOSE MARIA SANCHEZ B.

TRES CUENTOS

*Ilustraciones de Federico Carcheri, Luis A. Franco.
Luis Lince y Conte Porras.*

Nota de
TOBIAS DIAZ BLAITRY

BIBLIOTECA SELECTA
P A N A M A
1 9 4 6

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán
Oficinas: Avenida Ancón 73.
Apartado postal: 3181
Teléfono: 1436-L
Panamá, República de Panamá.

==

PRECIO DE SUSCRIPCION
B. 1.50 AL AÑO

En el próximo número publicaremos

LEYENDA E HISTORIA

por

ERNESTO J. CASTILLERO R.

Suscríbase a la
BIBLIOTECA SELECTA

JOSE MARIA SANCHEZ B.

(Apuntes crítico-biográficos)



Nace José María Sánchez B., en la ciudad de Bocas del Toro, el 25 de Julio de 1918. Hace los estudios primarios en San José, Costa Rica, y los secundarios en el Instituto Nacional de Panamá, donde se gradúa de Bachiller.

Inicia luego sus estudios superiores en la Universidad Nacional de Panamá, de la que tiene que alejarse a la muerte de su padre para ir a la provincia de Bocas del Toro, en donde toma la dirección de los ne-

gocios de la familia. En Bocas vive, apartado de toda creación, cinco años. Es éste un período capital de su vida literaria, porque durante esos años pasados en la región bananera del Sixaola, en aparente inacción, va almacenando la enorme cantidad de experiencias que luego formarán la sustancia capital de sus narraciones.

Tiene Sánchez material suficiente para publicar uno o dos libros. Entre sus cuentos publicados recordamos: "Nada", "Sibube, el indio enamorado", "El Monteador", "El Llanto de la Víbora", "Claroescuro de Bananal", "Pam!". Algunos de ellos reproducidos en revistas del Exterior.

Forma parte José María Sánchez B., junto con Rogelio Sinán, Roque Javier Laurenza, José A. Cajar E., Mario Augusto Rodríguez, Ramón H. Jurado y otros, del grupo de jóvenes cuentistas panameños con más inquietudes y de mejor porvenir. Así lo reconoce Enrique Ruiz Vernacci, acucioso comentar de nuestra literatura, quien dice lo siguiente de Sánchez:

"Muy joven, cultivador del cuento regional, pero en un sentido muy profundo. Crudo, agrio, posee el verdadero arte del narrador. Hay que esperar de él una novela de empeño, que nos ha de sorprender. Cada uno de sus cuentos semejan apuntes para buenas novelas. Y no se diluye el aroma especial del cuento. Es quizás el menos influido por lecturas." (1)

Tiene, pues, Sánchez estatura intelectual suficiente para que su obra narrativa sea considerada con especial interés. Desde ahora se puede calificar su aportación literaria como densa de contenido y sugerencias, y como "desesperadamente apegada a la verdad de su tierra", como bien lo dice Rodrigo Miró. (2)

Es por esto último que en su obra no aparecen los rastros de lecturas y de influencias tan comunes en la generalidad de nuestros cuentistas. Es por esto que las palabras de Adolfo Sánchez Vázquez, relativas a lo que considera mejor de la narración americana, parecen haber sido escritas especialmente para él: "A todos les preocupa la realidad del ambiente autóctono, la lucha angustiosa del hombre contra la Naturaleza, el alma virgen de sus pueblos y la desesperante realidad social en que viven". (3)

Porque es este el papel que juega Sánchez dentro de nuestro panorama literario actual. Es esta su misión y devoción. Se ha propuesto, en un afán regionalista que cobra altura universal, por su emoción y sinceridad humanas, interpretar esa vida preñada de interrogantes que vibra sordamente por el ámbito bananero, en medio de inhóspitos sistemas fluviales.

-
- (1) Enrique Ruiz Vernacci, *Introducción al Cuento Panameño*, Biblioteca Selecta (No. 3), Marzo de 1946, Panamá, R. de P., p. 32.
(2) Rodrigo Miro, *La Literatura Panameña*, (Breve recuento histórico), Panamá, R. de P., 1946, p. 12.
(3) Adolfo Sánchez Vázquez, *Peril del Cuento en América*, Biblioteca Selecta, etc., cit. supra, pp. 9-10.

Allí el rito y el ron. Allí el negro malárico y volcánico, y el indio misterioso turbado por extraños soliloquios. Allí el afán erótico dándose la mano con el místico. Y todo esto no más que como vertientes del tremendo drama de una realidad socio-económica distinta y plena de personalidad.

Así lo ha comprendido Sánchez, y así lo manifiesta en su obra, que es, al mismo tiempo, interpretación y recreación.

Sánchez, como poeta esencial que es, mira la realidad sensoria y al mirarla se transforma; pero al pretender apropiarse sus elementos en el proceso de la creación personal, modifica el ambiente. En fin, la vieja historia, que no tiene más importancia que la de adelantar un criterio para los que pudieran pretender algún día que la región bananera "no se ve" en la obra de nuestro cuentista. Si ese temor que apunto se realizara, personalmente creo que contestaría: "El artista modifica la realidad, y esta, a su vez, al artista; pero saber esto, e insistir en alzar, con mano trémula, el velo de lo que no vemos ni podremos ver, es la verdadera tarea del artista y lo que le confiere el título de creador".

Hoy nos ofrece José María Sánchez B., en este número de la BIBLIOTECA SELECTA, tres de sus mejores cuentos. Cronológicamente siguen el siguiente orden: "Cuso", (1941); "La Muerte de Nicanor", (1941); "Pueblo-Puerto", (1944).

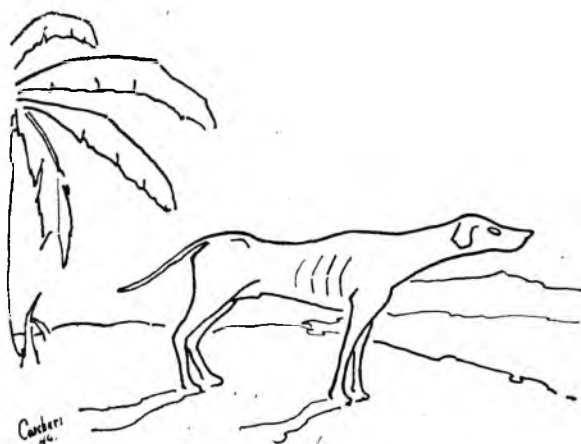
En los tres se distingue una evolución que se ciñe al orden cronológico. La intensidad y el "pathos" se mantienen, más o menos subrepticamente, en todos; pero donde más original y abiertamente se manifiestan es en "Pueblo-Puerto", en el que los mejores aspectos de su alta calidad de cuentista se hacen patentes.

TOBIAS DIAZ BLAITRY.

ETIOLOGIA DEL AULLIDO

No es que el perro le aúlle a la luna. Es que la luna tira de su aullido, hasta reventarle las cuerdas vocales o vaciarlo por dentro; pero el hombre, atado a su vigilia, se imagina al aullido rebotando en la luna como una pelota.

Tristán SOLARTE.



C U S O

VIVIAN un destino de perros y de negras a la sombra de las anchas hojas del banano. A Cuso los ladridos le brotaban con un sonido a madera rajada. Rosana, reducía al alarido toda su mística antillana, llena de interpelaciones hacia la humanidad bananera. El perro era el viático de la negra, y la negra, era el viático del perro. Unidos subían la dura cuesta del mundo, eslabonando, a través del amor que el uno sentía por el otro, ladridos y cánticos.

Cuso se llamaba así, aunque debió de llamar-

se Charagre, Bonyick o cualquier otra cosa más bonita y onomatopéyica. Sin embargo para los valientes perros que caen en manos de negras, el nombre constituye una incongruencia, una manifestación que muy a menudo destruye la calidad intrínseca de estos perros indios, poseedores de un ancestro muy estimable que se remonta hasta una distancia de siglos y siglos vividos en los antiguos poblados indígenas del Teribe. Quiero hablar de lo accidental que significa llamarse Cuso. Pero para que Cuso quiera a Rosana, y para que Rosana quiera a Cuso, Cuso ha debido de ser tal, ya que, suponiendo que hubiese sido un Charagre o un Bonyick, Rosana no sería Rosana, sería Wutunga, Tiringa u otra cosa semejante en la manigua africana y otro hubiese sido el destino de estos dos personajes. Evidente: no se habrían conocido. En cuanto a los hechos relativos de Charagre, Bonyick, Wutunga y Tiringa, se oponían dos hechos contundentes: Cuso y Rosana. Estos dos hechos pesaban y eran los únicos que determinaban las consecuencias respectivas de Monteador y "Salvation Army".

Sin grandes alternativas, pues, pasaba la vida de Rosana y de Cuso, dos seres que, sin ser excepcionales, estaban en el mundo, cantaban, ladraban. Un día ocurrió un hecho que introdujo una variante más o menos decisiva en el aglutinante fluir del tiempo.

El tiempo es una marcha de incidentes sordidos que se mueven en forma concéntrica cayendo con lentitud, hacia la punta de los nervios. Es como una larga espiral de detalles irritantes. Pero

el tiempo es, por antonomasia, el período que separa dos cortes de banano. Dentro de ese lapso ocurren cambios en la forma externa de las cosas, el hombre trabaja, ama, monta, baila y llena con estas actividades la cuota de optimismo indispensable para no perecer de hambre y de tedio. El hombre nace, crece, interviene en la función bananera. Baila además, en forma indecente, torciendo las caderas y el espinazo. Ello, claro está, en el espacio que separa dos cortes de banano, es decir, dentro del tiempo.

Un día ocurrió un hecho típico, digamos, bananero. Llegó un nuevo mandador a la finca, dueño, por extraña coyuntura, de dos perros de cacería. Un macho y una hembra espléndida. El sistema de vida que Cuso y Rosana llevaron hasta ese entonces, cambió. Rosana y Mr. Smith se unieron a la más espontánea de las simpatías. Cuso sintió por Pat, la perra fina, irresistible atracción.

Sería inútil tratar de reunir todas las circunstancias que se juntaron hasta crear esta situación y explicarlas. Quizás habría que limitarse a aceptar como un indicio la gemebunda melopea del "Ejército de la Salvación", primero porque Mr. Smith conoció a Rosana en una noche y ésta extendía, provista de un tambor y entre un marco de antorchas, su ancha voz y los himnos, anchos también. Segundo, porque es imposible negar la emoción que se adueñó en oleadas de lo más espeso de su sangre de "cow boy". Nostalgia? Un recuerdo dormido en los pliegues de los años? De música a música recuperó una melodía infantil, una alegría y un sentimiento de cuando era chi-

quito y recorría a caballo las praderas de su pueblo natal? Quién sabe! Lo cierto es que Rosana se convirtió de la noche a la mañana en una gorda cocinera negra de funciones muy complejas. Cuso entró, también, al servicio de la casa. Amó desde ese momento la hermosura de Pat, la perra de cacería. Sólo nos resta decir que fué un amor desgraciado. Pat no se enteraba de su erizada presencia de monteador y es que las perras son crueles hasta la ferocidad cuando no aman. En cambio, llenábase de mimos en presencia de Butch, su cejijunto y desgarrado compañero.

Una madrugada rumbearon hacia las montañas en busca de cacería. Mr. Smith, Mr. Wilson, otro gringo, el viejo Villarreina, incomparable cazador de la comarca. La alborada se encendía de tucanes y de nubes, creciendo, entre los bejucales y el antro impresionante de las quebradas, como un zumbido de luz.

Desde el primer momento se evidenció un hecho que desmerecía en mucho las cualidades de los dos petros extranjeros. Caminaban bajo la tol-da de la selva dominados por el sobresalto de la espesura. Allí en el monte el crujido más ligero enciende de emoción la sangre y una rama que se parte bajo los pies de los cazadores, el tintineo del machete que corta las lianas, asumen en el tronquerío un tamaño de milagro, de amenaza pendiente. Cuso, un poco rezagado, aventaba la nariz, extendía con voluptuosidad los acerados tendones de las patas. Por varias horas los dos perrazos enloquecieron rastreando ñeques. Cuso, despectivo y prodigiosamente serio, rehusaba empeñarse

en ese correteo estúpido. En vano es pegar la nariz a la hojarasca, olfatear las raíces y pretender alcanzar en carrera a ese bicho, dueño de una malicia verdaderamente diabólica. El, Cuso, perro sin mayores pretensiones, apresa en contados minutos al ñeque más avisado. Naturalmente que lo probó. Los dos gringos sujetaron a los perros finos y Cuso, jupado suavemente por Villarreina, enderezó las orejas escrutando el bejucal. Cuso procedía por intuición y tal hecho era el que prestaba caracteres firmes a su prestigio de monteador. El ñeque corre dando rodeos, orina los troncos, entrará a una cueva y sale por otra abertura, cruza quebradas y termina por burlarse del rastreador más hábil. Cuso comenzó a caminar en forma curiosamente elástica. Poco a poco aumentó la velocidad del paso, hasta convertirlo en silencioso galope. Dos o tres minutos después su ladrido a manera rajada sonó en la pata de un barranco. Cuando los hombres llegaron Cuso se relamía los bigotes, con modestia. A un lado, degollado, se estiraba un ñeque.

Doblaba el mediodía cuando Cuso suspendió su trotecillo y, con una delgada pata en el aire, escuchó intensamente hacia una ladera. A la derecha, a unos veinte metros, gritaba un chorro. Inflado de sol, el monte resopla y las torcazas se empujan sobre las ramas. Villarreina contempla el espinazo erizado de Cuso y escucha también. Llama a los dos gringos y los esconde al lado del chorro. Cuso busca los ojos de Villarreina. El vaqueano sonríe excitado. En la distancia se escucha el paso retemblante de una danta.

No tarda en sentirse el ladrado de los otros perros que suben corriendo la loma. Sobre un verbá las oropéndolas y en la loma la bestia acosada desgarrá arbustos. Cuso escucha con atención. Baja la danta como un alud. Cuso se acerca al charco hirviente. La espesura se raja de tucanes. Un estrépito anuncia, a un lado, al animal. Cuso se aparta y la danta desemboca lanzándose al agua. De pasada Butch le suelta una dentellada y Cuso comienza a sangrar débilmente por el hocico. En el charco, el lomo del animal asoma como una peña, a flor de agua. En la orilla los otros perros, enloquecidos, aúllan detenidos por el chorro. El vaqueano jupa a Cuso. Cuso ataca, se torna en una bola erizada de gruñidos. Cerca de esa trompa inquietante, mete la cabeza en el agua y nada sumergido pegándose al costado del animal. Muerde el codillo de la bestia. El agua se tiñe de sangre. Grita de nuevo el vaqueano. Cuso ataca. Nadando entre dos aguas apresa en los dientes la oreja de la bestia. Hierve el agua. Cuso forcejea prensando la oreja de la danta. Se aleja nadando. Lleva en los dientes una piltrafa sangrante. Deposita bajo el hocico de la perra un pedazo de oreja. Brinca otra vez al ataque. Ahora va seguido de Butch. Mr. Smith grita y dispara. Mr. Wilson grita y dispara. Villarreina jupa a Cuso. Butch ataca de frente. Cuso desgarrá la oreja y tiene, por entre el agua, la visión de un cuerpo blanco que sale volando. Resopla vencido el danto cuando Villarreina le mete un tiro en el codillo. Cuso nada hacia la orilla. Butch, inmóvil, flota en el agua con el cráneo abierto. El agua baja enro-

fecida. Cuso tiembla de frío al lado de Pat. Butch está muerto. Las oropéndolas abandonaron el verbá. Es ahora la tarde la que zumba, creciendo, en la espalda del monte.

Desde ese momento Cuso ganó la admiración de Pat. En los días que siguieron al violento incidente de cacería, tuvo la complacencia de sentir en los gestos y los movimientos de la perra el proceso maravilloso. Cuso, hechizado, se sentía invadido de un raro sentimiento de melancolía y de felicidad. Raro sentimiento ese. Marea caliente que le subía de las tripas a la seca garganta, a la noche que se abría alta y fantasmal, túnel de resonancia para el aullido de los perros indios que ladran con un rabioso sonido a madera rajada.

Oh la noche, la negra noche de los perros! Allá, bien adentro, en el monte, canta un capacho. A la izquierda atrás del matón de zarza-hueca, se escurre una zarigüeya. El movimiento de la bestezuela es tan leve como el estallido silencioso de las frutas del ceibo en el patio, disparando en la sombra semillas, y semillas. Pero hay un acre olor que viaja en la brisa denunciando el paso del animal, los hocicos de los perros se abren con ferocidad, el sueño se llena de gruñidos, de toses angustiosas. Y aún más lejos el ganado brama en el potrero, mucho más distante del guayabo cimarrón que se eleva casi a la altura de las constelaciones, con las ramas agitadas por la brisa y por los aleteos de las torpes nonecas, tristes, negras, escrutando el cielo con el insomnio del hambre. Y Cuso, echado al lado de Pat, sintiendo en el flaco costillal la blanda respiración de la hembra.

Una tarde Mr. Smith sale al patio con la escopeta y le silba a los perros. En el bananal cantan las paisanas. Caen los higueros y el aire se impregna del olor de las frutas que alfombran el suelo.

Cuso se adelanta, tenso como un alambre, poseído de una fragancia que le arranca un gruñido. Zaínos! Pierde el olor. Lleno de angustia levanta el hocico. Galopa enloquecido saltando en el aire, buscando, erizado. Ancho como el bananal el olor de las frutas envuelve el crepúsculo. Zaínos! Levanta la pata y orina. Corre otra vez, enfurecido por el perfume de los higueros. El gringo, insensible, camina pesadamente hacia el canto de las paisanas. Un hijuelo desgarrado de banano atrae la atención del perro. Olfatea. Levísimo, vuelve a sentir el almizcle de los animales. Levanta la cabeza. Dispara en el bananal interminable. Un crujido suspende la carrera de Cuso. Escucha con atención. Se acerca un galope. Cuso, inmóvil, escucha. Un cuerpo blanco sale de los tallos. Es Pat.

Hasta ellos llega con claridad el canto de las paisanas. La perra jadea. Cuso se le acerca. Tiene aún erizada la nuca. Un golpe de brisa sacude las anchas hojas de la plantación y trae en oleadas el perfume irresistible de los higueros. Cuso gime desolado. La perra se rasca el costado. De pronto se queda mirando a Cuso. Larga y bella mirada de perra. El estampido de la escopeta galvaniza a los animales. Las paisanas pasan gritando sobre ellos. Mr. Smith llama de lejos: —Pat, Pat.

La perra se endereza moviendo la cola. Cuso se atraviesa. La perra enseña los colmillos. Cuso se acerca más torciendo el cuello en un arco erizado. Gime la hembra sintiendo de nuevo la llamada del gringo. Cuso, violento, hunde con rabia los colmillos en el suave cuello de la perra y se abraza al cuerpo esponjoso. En el bananal resuena terrorífico y discriminatorio un grito:

—Dam'it!

Agazapado al pié de un matón de guineo, Cuso contempla con ojos alucinados al gringo que recoge un pedruzco y se lo estrella en el costado. Levanta el hocico midiendo los movimientos de Mr. Smith. Una piedra atrae la mirada del hombre. Se agacha a juntarla. Cuso ataca como un bólido. Tres cuartas alza Cuso hasta los colmillos diestros y feroces. El hombre siente en las entrañas el frío arañazo del miedo. Ese animal tan frágil reuniendo en la soledad del bananal una cantidad tan enorme de odio, de acometividad. Saca un cuchillo de montería y golpea con él al cuerpo tembloroso hasta sentir en las manos el licor viscoso de la sangre. El perro suelta al hombre y huye hacia la noche. El gringo dispara ciegamente. Adentro, muy lejos, Cuso gime acostado a la sombra de un platanillo.

Allí lo encontró Rosana al día siguiente. Llena de amor levantó al perro en los brazos y se lo llevó otra vez a los campamentos, a la misma vida de antes, con sus melopeas, con la embriaguez de los rastros para la vocación de Cuso, el bravo, el valiente perro Teribe de cacería.

1941.



...sobre los amorosos brazos de su mujer...



La Muerte de Nicanor

EL relámpago dibujó, frente a la laguneta, la silueta del hombre sentado sobre un tronco. Segundos después, el trueno sacudió la linfa que ya desde prima noche se rasgaba bajo el grito de los babillos. En el cielo bajo, como de caverna, la noche anaranjada, incendiada de tormenta.

Remonta la copa de los árboles el mismo siseo que hace un rato pasó por el gramalote llenando la orilla del río de lamentos. Es la voz del Talamanca que repite desde las nuca de la serranía un solo grito: creciente, creciente.. Las ramas crujen. Copiosa, llena de presagios, la lluvia. El caudal del río crece en la oscuridad y llena de hilos

sucios el sendero de la laguneta, sobre el cual está el hombre.

Temprano, casi de madrugada, abandonó el rancho, rumbo al rangallal del río. Allí dejó correr las horas metido en lo más espeso, al lado de la corriente que ya amaneció poblada de troncos y ramazones. Siempre al lado del río. Atrayente como un vórtice, en él culminaba el hombre mismo, envidiando la potencia de la correntada que ponía a vibrar como un diapasón la caja torácica. Y poníase a repasar los pormenores de su amargura, la falta de vigor de que disponía su pecho flaco, incapaz de llevarlo hasta el umbral de su rancho y gritar con enojo:

—No me quieras tanto que me voy a morir!

Esta era la tragedia de Nicanor. Parecía imposible que ella fuese capaz de amilanar un espíritu tan rebelde como el de Nicanor, hombre que siempre dejó sentada fama de recio ante los más grandes peligros. Eso, sin embargo, nada pesaba ante el hecho cierto de la nueva cobardía de Nicanor, mejor dicho, de la vieja cobardía de Nicanor, que no era nueva, que ya se avecinaba a los tres años. Acaso pudiéramos comprenderla teniendo dentro de las cuatro paredes de un rancho, con la puerta cerrada, una mujer como la de Nicanor. Esa mujer era como un mar, como una selva, como cualquier cosa excesiva. No hay otra palabra que resuma con mayor perfección las cualidades de la mujer de Nicanor que la palabra exceso. Ante la cosa abultada que comprendía el conjunto de esa mujer, naufragaba el carácter, la hombría, y, sobre todo, la vida misma. Si uno pudiera mirar, objeti-

vamente desde luego, el acontecimiento insípido del "vivir" de Nicanor, percibiría inmediatamente las causas que motivaron la desaparición de su energía y el desgano, o aún más, la anemia de los pormenores de la triste vida de Nicanor. Esa mujer era algo que infundía terror. Provista de dos armas, los brazos, movíase en el ambiente del rancho como un remolino hacia el cual convergía la alegría, el llanto, y, lo que es peor, Nicanor. Los brazos boas ondulaban amenazadores hasta que hacían presa en el cuello de él, mezquino cuello de palúdico, magro como un bejuco del monte. Entonces lo quería. Lo QUERÍA. Dios santo, la ternura de esa mujer, ese detalle subjetivísimo de quererlo, ese engranaje sutil de fervores que brotaba de lo más profundo de ella, era la desgracia, la tragedia y la muerte en vida de Nicanor. Añádase a todo ello una voz musical que salía como una incongruencia del motete blando de su cuerpo, quintaesencia de la potencia amatoria de sus doscientas o trescientas libras enamoradas.

Infinitas son las circunstancias que se tejen hasta formar un sentimiento, sobre todo si tal sentimiento es extremo. El odio que Nicanor profesaba a su mujer se había formado al calor de las más aisladas circunstancias. Quizás esa suma de pequeños detalles culminó en una escena humillante, acaecida varios meses atrás. Lo cierto es que, desde tan aciago momento, la repulsión física que por ella sentía tornóse espiritual. No era sólo el instinto de conservación lo que primaba en el pobre Nicanor, sino aún más, una reacción de pudor moral. Ella, media naranja (?), quiste maligno de

grasa, movida de su pasión llegó a pretender recoger para sí misma la responsabilidad que como varón detentaba en esa comarca, sabiendo perfectamente que allí todos los hombres se mueven condicionados por una concepción muy estimable de hombría. Ella, maldita mil veces sea, irrumpió en una refriega en donde él dirimía, apoyado en el argumento luminoso del filo del machete, sus derechos de posesión sobre unos puercos cimarrones. En la confusión provocada por la entrada de su mujer en el combate, el contrario alcanzó a acomodarle, sobre el hombro izquierdo, un argumento irrefutable. Luego sufrió la vergüenza inaudita de contemplar al contrincante en el suelo, derribado por obra y gracia de los brazos boas de ella. Pero allí no paró el asunto. Después salió, como en triunfo, con la camisa roja en sangre, sobre los amorosos brazos de su mujer, camino al rancho lejano en medio de las miradas hondísimas de tres indios espectadores. Odio, eso era lo que sentía por ella. Además, miedo, espanto de entrar a su casa y encontrar dos brazos, profundos como un abismo, tenebrosos como una agonía.

A filo de relámpagos salió Nicanor de su meditación. La laguneta, al lado de la cual la noche lo sorprendió, estremecía a cada estampido la linfa cárdena, tumefacta de lodo. Levantábase un jadeo de frío que se apoderaba de la garganta de Nicanor y le traía la angustia de la bronquitis crónica, negra alimaña que le arañaba el pecho a cada golpe de tos. El sendero que serpeaba al lado de la charca, convertido poco a poco en una vena de agua, saltó el dique del tronco sobre el

cual sentaba Nicanor su tristeza. Dios del cielo! El monte se desangraba partido por los relámpagos. Los capachos gemían en la espesura que llovaba lágrimas de sangre blanca descendiendo en alud desde los cerros y la copa de los árboles. Pujaba el río la amenaza de la creciente. Otro relámpago, otro. El último alumbró a Nicanor, parado en medio del camino, con la boca plegada en un gesto radiante. En el cielo no se alcanzaba a contar los truenos. Llovía, llovía torrencialmente. Muy lejos los caracoles pregonaban desde los caseríos la cabezota de agua que bajaba.

Llegando al rancho se sintió invadido por el rumor de la quebrada, anunciando un caudal extraordinario. Sonrió satisfecho Nicanor mientras penetraba a la casa con sigilo. Sacó del jorón sus enseres de cacería, y, además, un bultito redondo que introdujo en la chuspa de hule. A través de la puerta se percibía un ángulo de cielo castigando la sombra con incansables latigazos de fuego. En el jergón, el candil ponía actitudes infantiles al cuerpo echado. Un pequeño movimiento transformó a la mujer dormida en una verdadera montaña de carne. Con calma el hombre vació el carburo en el depósito de la lámpara. Las piedrecillas, calentadas por la humedad, cayeron con estrépito en el tanque levantando un polvillo afilado que se le coló en la nariz. Roncó Nicanor con disgusto. No lo pudo evitar. Una tos como un crujido apagó el candil. En la oscuridad insistió el acceso. Maldiciendo, rasgó Nicanor un fósforo y lo acercó a la mecha. La luz alumbró a la mujer incorporada sobre un brazo.

El hombre se quedó, cadavérico de susto, contemplando la cara mofletuda. Reaccionó y terminó de cargar el tanque sin contestar la mirada interrogante de ella. Una voz delgadita salió del cor-pachón.

—Onde vas con la noche tan mala?

Quedó paralizado. Temblando, contestó que iba a asegurar las canoas. La mujer le sonrió, maldita sonrisa, y le hizo señas de que se aproximara. Apretando los dientes recibió en el bigote un beso blandido. Salió hacia la noche.

Frente a la luz el agua blanqueaba como tela de mosquitero. Corría entre las hojas una brisa fría. De la lejanía llegaba aún el eco de los caracoles.

Avanzaba a grandes trancos. El suelo huía, las ramas secas se deshacían, se movía la tierra licuada hacia los árboles. El Talamanca bajaba en alud. Talamanca es anuncio de algo grande, alto: los Andes.

Frente a una peña, Nicanor detuvo la marcha. Hurgó en la chuspa y sacó el taco de dinamita. En un cuenco de la roca colocó el pequeño instrumento de destrucción. Entonces prendió y se retiró a larga distancia. Como una luciérnaga la cullebrita de fuego caminó hacia la mole. Al otro lado bajaban en carrera enloquecida los árboles sobre el caudal del río. Un resplandor de fragua, y en la vegetación retumbó un trueno más. Del barranco desplazado un nuevo río bajaba irresistible por la trocha que lleva al rancho de Nicanor.

La madrugada sorprendió a Nicanor dándole lumbre a la última pipa de la jornada memorable.

Triste madrugada de creciente, huérfana de pájaros. Aún caía el aguacero. El rostro de Nicanor estaba transfigurado, con los rasgos invadidos por la paz. Apagó el fulgor helado de la lámpara y tomó trocha arriba, hacia el caserío de la loma.

Ya divisa las casas. Con esa visión relaciona la imagen de Carmen, chola no muy joven pero, felicidad impagable, flaca como un grillo. Distingue siluetas en el umbral de los ranchos. De pronto, todas le hacen gestos alborozados. Nicanor disminuye la velocidad del paso, desagradablemente inquieto. Casi enseguida entra en franca agonía. En el rancho se perfila, rotunda, su mujer. Dios! Se salvó. Nicanor tose. El pecho le silba desastrosamente. La espalda se dobla. La vista se torna vidriosa. Como un gorjeo le llega el acento maldecido de la hembra, repugnante de felicidad. Cierra los ojos al caer en los brazos amantes. Luego "crack!", un sonido apagado. La pasión de su cónyuge quiebra, como si hubiese sido hecho de cristal, su indefenso cuello de palúdico. Ante el espanto de todos, el cuerpo sin vida de Nicanor sonríe a la lluvia.

1941





...abandonan la cantina estrechamente abrazados...



PUEBLO-PUERTO

*"sería bello ir por las calles
con un cuchillo verde y dando gritos
hasta morir de frío."*

Pablo NERUDA

ESE funcionario público tiene un zumbido adentro y sería necesario invocar la piedad de Dios para que lo ayude. Nó, no es justo. Y el día que penetra por los anchos ventanales de la oficina! El día. Maravilloso, vibra en la perspectiva delirante de las paredes.

Ese problema de la irritación le concede al señor Fiscal del Distrito una prestancia majestuosa, una excusa para escupir con asco y dar gritos estentóreos en el recinto de la estancia judicial. El distinguido ciudadano está deshidratado, vale de-

cir en términos callejeros, "engomao". No es raro. En él eso se ha convertido en una circunstancia permanente, en una forma de manifestar la derrota progresiva de los nervios. Y, como a muchos de sus conctudadanos, la nefritis le apuntaba una insinuación macabra en la bolsa de los párpados.

De pronto abandona el escritorio. Se trata, precisamente, de la crueldad del retrato situado debajo de la lámina de vidrio, mirando como desde una mampara los gestos grotescos de esa generación de funcionarios públicos. Oh, cuánto veneno destinado a ablandar las entrañas! Con frecuencia la desesperación le calaba bien hondo y rasguñaba el gesto de aquella mujer riéndose. Al dar los primeros pasos por la estancia miró de soslayo la figura esquelética del secretario, un funcionario de gustos anacrónicos que coloca debajo de las láminas de vidrio retratos con mujeres riéndose, obscenas a fuerza de sonreír, y lo que es peor, anunciando Tricófero de Barry. Malvado! Como si a él se le escapara la intención del gesto. Se necesitaría ser cretino y no darse cuenta de la profundidad de la bajeza humana. Ese individuo conocía de antemano la ráusea que le producían el Tricótero de Barry y la sonrisa idiota de las mujeres de principio de siglo, que llevan en sí el gérmen de las más amargas derrotas. Pero nó. Allí está el retrato. Maldito secretario. Envidioso! Saboteador! Esa circunspección, ese gesto desabrido de los anteojos! Con un suspiro baja las gradas y gana la calle mareada por las casas torcidas. Afuera el sol supera la crueldad del secretario del señor Fiscal del Distrito Judicial.

Hay calles que atemorizan. Están llenas de un airecillo sepulcral, y es que hay calles que son cementerios. La calle es una cosa convencional que puede dirigirse hacia cualquier lado. Por las calles se vá hacia la derecha, hacia la izquierda. Por las calles se va también hacia los otros dos lados (?). Pero hay calles peores. Hablo de la calle muerta, de la calle que no camina, de la calle que asiste con fruición a la muerte de las casas, de la calle que se estanca, odiosamente inmóvil, esperando el crujido fatal de los techos entre el festín de las polillas y los millones de clavos oxidados, de un color suicida, que esperan el derrumbe poseídos de la agria dulzura que presta a todas las cosas la circunstancia irremediable. Por eso hay casas que tienen líneas derrumbadas y calles cementerios, de provincias cementerios y, en un sentido más general, hay fiscalías que son cementerios, fiscales que sofocan angustias innecesarias.

Y por la calle aplastada por el sol, por ese monstruo a cuyos lados la perspectiva de las casas cae vencida bajo el azul del cielo, camina el Fiscal. Arde la lengua, la garganta.—¡Pueblo trastrocado!— Al decir esto el Fiscal se detiene frente al cadáver de una casa. El diagnóstico, entre dramático y regocijado, salió trasudando amargura. Despaciosamente se acerca a la casa absurda. Es una cantina y el sol levanta, inflado, el golpe de las sienes.

Las cantinas de los pueblos tienen en los rincones, debajo de las mesas y de las sillas de aflojada cordialidad, un aire impúdico, rechinante. Esta allí, disuelto en las miradas de los hombres,

mezclado a las nupcias de las moscas, volando provocativas en la luz que cuela el enrejado de las puertas. Además un ambiente poblado de emanaciones penetrantes, un olorcito circunspecto que tienen ciertos parroquianos y un chorrito agrio que nace en la semioscuridad de los retretes, lombriz de sonido subiendo por los oídos hacia la masa del cerebro. Al lado de una ventana se sienta el señor Fiscal del Distrito Judicial. Es un reservado pequeño, precisamente útil para fomentar el proceso de embriagarse.

La goma comienza a retroceder hasta los últimos reductos de los nefridios. Está una cortina que, como la de todos los reservados, es apenas un gesto de discreción fallido.

La calle, siempre la calle, monstruo devorador del equilibrio, cubierta de pelaje amarillo verdoso. Esa hierbilla que crece en la calle de los pueblos-puerto posee una belleza humilde y está sujeta a los acontecimientos más sorprendentes. Un buen día puede ocurrir que en las raíces algo se estremece. Es terrible porque significa la muerte para cualquier precaria hierbilla. Queda sepultada y... hace su aparición un cangrejo. Oh, los cangrejos! El señor Fiscal tiene uno frente a frente. Es delicioso al mediodía, el espectáculo de los cangrejos. Les relumbra el carapacho entre la hierba y sobre todo, esa manera tan graciosa de caminar que, parece mentira, no es hacia atrás. Este cangrejo tiene una boca desmesurada. Se complace en abrirla expresando quizás una forma desconocida de apetito. Cuánta boca para un solo cangrejo! Cuántos cangrejos para tantas bocas!

Cuántas bocas y cuántas vacas. Cuántos Toros y cuántas Bocas... Cuántos cangrejos hay en Bocas?

De repente el estómago del señor Fiscal se encoge. Cuando eso sucede un frío de hielo penetra hasta los huesos y el pecho produce una disnea angustiosa. No ha ocurrido nada. Es que, así, entre el revuelo de las moscas, se ha interpuesto una sombra de hombre. Baja de nuevo, latiendo con la luz y con el dolor de los nefridios, el zumbido de adentro. Una zeta proyectada hasta el infinito...

La presencia del hombre, extendida en el suelo, llena de armonía con sus piernas, sus dos brazos, una cabeza, es decir el hombre que no es otro sino, concretamente, EL. La parte más sensible del señor Fiscal del Distrito Judicial lanza mensajes de angustia. Hay algo terrible en la atmósfera y la bolsa de la vejiga manifiesta una sensación molesta. Humillado, pero con la frente orgullosamente levantada, abandona el reservado el señor Fiscal, camino del retrete. De paso suelta un escupitajo contra la presencia del hombre, sombra esparcida en el suelo.

Regresa el señor Fiscal a su reservado. Contempla dolorosamente la calle. Relumbra el carapacho de los cangrejos a la puerta de las madrigueras. Adentro, el mar que concede y que no concede, hace un refrigerante: glú, glú, glú. Qué cosa tan inestable la de los puertos-pueblo! Tan solo una delgada costra entre la hierbilla, los cangrejos y el mundo bello del mar...

—Buenas tardes, Licenciado!

Una voz inofensiva sacude como un latigazo

al funcionario. Dios, está allí, al lado, pavoroso y cordial!

Ese hombre va a hablar sin comprender el terror del funcionario que quiere formular una advertencia.

—Una cerveza.

Qué asco! Tiene los dientes manchados de nicotina. El Fiscal sonríe a una idea interior. De súbito la sonrisa se le hiela en los labios. Cruza una mujer por la calle, frente al reservado. Pasos menuditos. Nalgas de gelatina. Esa nariz de mulata, arremangada para dejar mejor acceso al beso. Esas perlillas de sudor sobre los labios, verdadera fiesta para las preferencias de tipo troglodita del bigote del señor Fiscal del Distrito Judicial. Esas...

Maldita. Ha cruzado una mirada relampaqueante con...él. Oh, esos dientes grandes, blancos, caballunos!

No es posible. Hay algo que está fallando en ese sistema tan elemental. Porque no se concibe que ese individuo llegue a un reservado y como un señor cualquiera pida:

—Una cerveza.

Las moscas vuelan vibrantes en un rayo de sol. En el retrete un parroquiano está parado frente al chorrillo agrio poseído de una seriedad melancólica.

Silencioso el Fiscal traga cerveza y contempla de reojo al rival. Mentalmente revisa el proceso de su perplejidad. Está de más decir que en el calor del mediodía asume proporciones gigantescas la terrible interrogante: CUANTOS CANGREJOS HAY EN BOCAS?

Esa perplejidad existe aunque parezca mentira y es, con toda evidencia, fruto de la sagacidad del Fiscal quien, por caminos del más puro razonamiento, concibió una nueva técnica amorosa. Hay palabras oscuras, resbalosas como serpientes de luz azulada que incendian la nuca y las espaldas de las mulatas. La voz, vehículo de la emoción, transporta ese veneno que estremece las fibras íntimas de la mujer. Es tan sencillo el mecanismo! Supongamos un escenario que posea estas tres características: el mar, la luna, los cocoteros. Esa luna, pues, que es un factor A-FRO-DI-SIACO. Entonces ella y él. El y ella. Frente al paisaje encantado por la luna incurren en el pecadillo siempre viejo pero siempre renovado del delirio amoroso. En esas ocasiones un tono de voz venenoso, completamente liberado de prejuicios románticos o de trémolos de súplica, más bien una velada sugerencia de virilidad y de potencia masculina, depositará en la orejita de ella una palabra cualquiera. Ejemplo:

—Caimitos!

He aquí en donde se fundamenta el mecanismo de la técnica amorosa del señor Fiscal del Distrito Judicial. Una vez dicha la palabra básica con el tono de voz adecuado se establece una secuencia oscura de estímulos y de reacciones. La palabra caimitos posee cualidades más o menos específicas. Posee redondez, color, gusto. Esa característica de la redondez abre una perspectiva de sugerencias que estremecen. El color, que es morado, es un color misterioso, de monte, de trópico,

de ojeras, de piel mulata, de abrazo estrecho. En cuanto al gusto, hay una cosa pegajosa y punzante de beso, de dientes entrechocados, de labios infinitos.

Como bien se puede ver, no hace falta ser experto en cuestiones de táctica amorosa para comprender que la imaginación de la mujer estimulada por esa palabra tremenda, emprenderá insospechables caminos de introversión y de presentimiento. La reacción no puede ser más automática: entrega. Pero nó. Este imbécil, este rival de ojos maláricos, se sienta en un reservado sin permiso y dueño de una voz castrada, de púlpito, suplica:

—Una cerveza.

Pasan, vienen, se van las cervezas. La estantería arde. La calle se apacigua en el crepúsculo. Es muy dulce el rumor del mar en la cueva de los cangrejos.

Los dos rivales ya han alcanzado ese plano confidencial en que los hombres se miran estúpidamente, cara a cara.

Vuelve a pasar la mujer transportando la gelatina del caminado. La mirada relampagueante resbala de la cara del Fiscal a la cara del otro. Esos... esos tienen algo. De pronto recuerda el Fiscal. Recupera la crueldad del zumbido. Lleno de ira grita:

—Idiota!

Cuando esas palabras fuertes se dicen, los hombres se levantan de las sillas. Aprietan los puños. La respiración se acelera. Los labios se

encogen, los dientes relumbran con ferocidad. Hay a flor de boca un gruñido ronco...

—Convénzase, señor Licenciado, eso que le digo encierra una gran verdad.

Permanecen unos momentos en silencio. El Fiscal se chupa delicadamente el labio superior. Es absurdo, pero el puñetazo que le propinó el otro le sitúa un gesto ligeramente sonriente en la cara. Cruzaron dos o tres golpes en la intimidad del reservado, sin mayores consecuencias. Una silla aparece en el extremo del reservado completamente muerta, despedazada por la ira de esos dos hombres grandes y fuertes.

—Licenciado, lo felicito. Pega Ud. duro.

—Gracias, igualmente.

—Gracias. Bueno, volviendo a lo dicho. El azulejo, por ejemplo, busca a la azuleja. Fíjese... Siempre es una azuleja y ponen huevitos azules. Si un azulejo busca una "sangre de toro" se produciría una combinación de colores que afectarían no solo el pigmento de los huevitos sino la lógica del trópico que combina azulejos con azulejas, sangre de toro con sangre de toras, digo, toros.

El licenciado está destrozado de dolor. Ese hombre hablando con indiferencia de cosas que le conciernen en una forma tan profunda a él. Para colmo de males siente venir la confidencia del rival.

—A Ud. le gusta esa mujer, señor Licenciado?

La cerveza equivoca el camino en el gaznate del funcionario y un golpe de tos le sacude la caverna del pecho.

—Sí, yo sé, licenciado. Lo que pasa es que Ud.

esperó demasiado. La mujer no puede desfallecer indefinidamente. Hay que escoger el momento oportuno y atacar a fondo, sin vacilaciones, libre del temor al fracaso.

—No, eso es demasiado brutal!

El temperamento hipertiroideo del señor Fiscal se eriza con disgusto.

—Puede ser brutal, licenciado, pero es la única fórmula positiva.

—Un momento. Esa fórmula es archi-conocida. No es suya.

—Claro que no. Esa es la fórmula de Stendhal.

—Stendhal?

—Sí, Stendhal.

Lleno de sorpresa el licenciado contempla la cara borrosa del otro hombre.

—Quién es Ud.?

—Fermín Vega para servirle.

—Qué hace Ud. aquí, en este pueblo?

—Yo nací aquí.

—Pero, por qué vive aquí?

—Porque yo nací aquí.

—Esa no es razón convincente. Ud. debe tener un secreto vergonzoso.

—Señor licenciado, Ud. también debe tener un secreto.

Llenos de odio se contemplan. Un estremecimiento vibra en los anaqueles. Afuera corre un viento desapacible. Revienta un trueno.

—Licenciado, es preciso que nosotros dejemos de odiarnos. Hace tiempo que deseo su amistad. Ud. le concede demasiada importancia a su frac-

so amoroso y por eso alimenta un odio que no guarda proporción a las causas que plantearon su derrota.

El trueno se acerca. Grandes goterones martillean el techo.

—Es una cosa muscular, licenciado. Recuerde los huevitos de los azulejos. Es decir, armonía, gama racial. Completamente aparte a su fortaleza física existe cierta incapacidad racial de parte suya para la tónica que marcan los músculos mulatos. Es una cosa vinculada al pigmentario y yo, Fermín Vega, poeta y mulato, encajo admirablemente bien en ese sistema muscular.

Ahora es definitivo. Llueve a torrentes. El mar se duerme. Los cangrejos también.

—Bueno, licenciado, confieso que me siento muy contento porque ella es, en medio de todo, un elemento agradable y, sobre todo, a-tem-pe-ra-dor. Verdad que está buena, licenciado?

—Muy buena, Fermín, muy buena.

Es curioso. Una ternura cálida invade al señor Fiscal. Se siente de pronto víctima de las circunstancias más adversas y dramáticas. Quién es él, Fiscal del Distrito Judicial, mísero engranaje en la tragedia dilatada del trópico para desafiar sus leyes inapelables? Allí está el zumbido, ancho como el delirio, ancho como el mundo. El zumbido es la penitencia, el zumbido es la voz de Dios.

—Señor Licenciado, yo tengo un zumbido adentro.

Un trueno raja el firmamento. Es una suerte. No se ha podido escuchar la palabra indecente del Fiscal. Lleno de rabia rechina los dientes y se que-

da contemplando a Fermín Vega con asombro. Acerca su rostro. Pregunta:

—Fermín Vega, qué es un zumbido?

—El zumbido es un síntoma de inapetencia. Eso ocurre cuando el estómago pierde por completo el dominio del hombre. Explico: si el hombre se supera, huye con asco de la condenatoria biológica y comienza a buscar por entre los simples lugares comunes la "decencia humana", se convierte en un hombre sin estómago, luego, entonces, en un hombre sin apetito. Ese es un fenómeno de superación. No importa que los hambrientos se preserven de la alarma con palabras injustas como: un hombre loco. No; es que un estómago ha perdido su dueño, un apetito ha perdido su gana fisiológica de comer. Está claro?

—Fermín Vega, no en balde es Ud. poeta y mulato. Ud. no ha explicado lo que es un zumbido.

—Tenga paciencia, licenciado. Yo tengo un zumbido y la culpa la tiene el caracol.

—El caracol? No sea torpe, Fermín Vega, el zumbido es una consecuencia de la Trigonometría.

—Señor licenciado, voy a explicarle las cosas con orden. Yo estoy aquí por dos razones principales: la primera, porque soy escritor y he venido aquí, a mi pueblo natal, a planear el destino mío y el de todos los personajes que he creado. Quiero decir: he venido a soñar y trazarme un destino más cómodo. Justamente el destino que la vida me ha impuesto no me gusta para nada. Aquí, licenciado, se recuperan los sueños originales y se vuelve al destino original. Sería como volver a comen-

zar. La segunda razón es de tipo muy personal. He venido aquí huyéndole a una palabra brillante como una llamarada. Pero es necesario que le cuente mi vida, licenciado.

Pasan, vienen, se van las cervezas. Pobres cangrejos inmóviles en las cuevas, bajo la noche y el aguacero.

—Yo nací aquí, licenciado. Se ha dado cuenta de la belleza triste de este pueblo de mar transparente, de nubes blancas, que agoniza dulcemente entre las olas? Este pueblo es un pueblo gris, de ese color que presta a todos los objetos el hecho cumplido y fatal. Así gris era mi casa. Así gris era el amor de mi madre y de mi padre gris. Así gris era el miedo que desde muy pequeño me hacía escuchar el roce de la enfermedad trepando por las paredes, de noche, con la casa llena de crujidos, vencida por las polillas.

—Fermín Vega, el caracol!

—Oh, el caracol. Desde muy chico lo tuve. Esa posesión data de la época heroica de la infancia, tan bella y tan abundante en aventuras de botecitos en la bahía, en gritos de combate que estremecían de emoción los altos tambos de las casas. —Sandokaaaaaaan.— Un día lo encontré tirado en una playa. Lleno de presentimientos acerqué el oído a la hendidura del molusco. Quedé embelesado. Luego en mi casa, con la cara todavía encendida por la última aventura corrida en los tambos, escuché la música más completa de todas. Licenciado, la música del mar!

—Qué tiene que ver el caracol con el zumbido?

—Mucho. Años después, cuando tuve que viajar a la capital a continuar mis estudios sufría de una nostalgia que en las noches de la ciudad, espesas de bocinazos de automóviles y de esa dolorosa garúa urbana de techos parejos, llenaba de lágrimas mis ojos. Mi imaginación ya había perfeccionado en mi pueblo el bello sentido de la música del caracol hasta convertirlo en la expresión de un paisaje exótico, lleno de ruidos característicos. A veces el sonido se convertía en el rugido de un cuerno de caza. Otras era un viento indescriptible que silbaba entre bosques de pinos. Al fondo se adivinaba un mar tempestuoso, frío, nórdico. Cerraba los ojos y me veía transportado a un lugar desolado y terrible pero al mismo tiempo familiar. Bueno, años después Gloria me hizo olvidar mi música y mi caracol.

—Gloria.

—Sí, Gloria. Yo, claro, estaba para ese entonces transformado y el caracol lejos, en mi pueblo natal. Gloria era extraordinaria.

—Gloria.

—Sí, Gloria. Créamelo, licenciado, hay dimensiones increíbles en el beso de ciertas mujeres. Quiero decir que cuando Gloria besaba se fundían de la manera más lamentable los planos lógicos de las cosas. Uno decía: nó, no es posible, eso no existe. Me refiero, desde luego, al beso. Estupendo.

—Fermín Vega, qué pasó con el caracol?

—A ello voy. Gloria se fué. Un día empezó, de la manera más inesperada, a usar el terrible léxico del desamor. Me abandonó y, llevado de

la influencia nefasta de ella, me entró la manía de encontrar una perspectiva sorprendente hasta en las cosas más humildes, y claro, me transformé verdaderamente en YO, en Fermín Vega, poeta y mulato. Dos o tres días después tuve la primera pesadilla.

Ha cesado de llover y una luna, gris todavía por la llovizna, lame los charcos de la calle. Adentro, en la sombra de los patios y los tambos, la humedad hace gárgaras en la garganta de los sapos.

—Cada día, señor licenciado, las pesadillas se hacían más espantosas. Yo le echo al caracol la culpa de eso. Como ya dije, desorientado por la facultad de destruirme la lógica a través del beso, Gloria me transformó el sentido de la vida. El caracol, mi más preciada posesión, el recuerdo más feliz de mi infancia se convirtió en un terror que no conocía límites. Poderosa como un trueno una palabra recorría los pliegues del molusco. Esa palabra resumía por razones desconocidas una vocación de violencia transportada en el tiempo y la distancia. Yo, Fermín Vega, poeta y mulato, era el depositario de ese conjuro. Fué en vano que una noche, temblando de miedo, lanzara el caracol al mar. Esa palabra se agrandaba en mi cerebro recobrando realidad un grito de violencia, un retumbo de mar nórdico, de bosques de coníferas, de cantos bárbaros y guerreros. Licenciado, yo guardo celosamente el secreto de esa palabra. Ignoro a qué idioma pertenece. A veces, en la noche, me acometen sospechas increíbles. En una ocasión la impresión fué tan vívida que tuve que cerrar

los párpados. Blanco, transparente, un pie caía con blandura del borde de la cama. Ese pié de pesadilla crecía en la sombra como una flor fosforescente que iluminaba el suelo triste de la casona. Hice entonces preguntas absurdas en la soledad de mi cuarto: eres tú, abuelo... primo... bisabuelo? Nó, no era posible que ese pié formara parte de mi cuerpo. Una presencia de ultratumba, sin edad, sin consistencia material, reencarnaba en mi cuerpo desvalido de poeta. Desdichado destino el mío! Grité con miedo. Acudió mi madre. Sonriendo con dulzura me enjugó el sudor de la frente. Después, llena de repentina ternura, me estrechó contra su pecho. Por eso, licenciado, vivo aquí, en este pueblo gris. Sería horrible escuchar un día esa palabra en labios de un hombre. En la capital, cruce de todos los idiomas y todas las razas del mundo, eso sería muy posible. Yo tengo, nada más, el presentimiento. Esa palabra es una orden fulgurante y temo desentrañar su sentido destructivo.

El licenciado, vivamente emocionado, contempla con ojos de admiración al poeta. En su interior se verifica una lucha de emociones contradictorias. Con tristeza palmea la espalda del otro. Una lágrima le desciende por las mejillas. Entonces, fraternal y conmovido, habla:

—Hermano, querido hermano.

Eso es demasiado para el poeta. Lloro en silencio. Lloran los dos. Van, vienen, se van las cervezas.

El licenciado clava los dientes con rabia en una tabla podrida del reservado. Escupe poco a poco trocitos amargos de madera y cuenta:

—Es mejor que desahogue mi pecho, poeta. Porque solamente un amigo, un hermano en el infortunio del zumbido interior, comprenderá la agonía que desde hace años envenena mi pecho. Fermín Vega, yo también tengo un zumbido adentro.

Magnífica luna de los pueblos-puerto. Blanca, plateada, pintura para la desolación de las casas vencidas. La luna huele a mar, a claroscuro, a casa vieja bajo la fiesta de los luceros y de la noche. Van, vienen, se van las cervezas.

—Poeta, Ud. sabe lo que es triangular?

—Lo que tiene forma triangular?

—No, Fermín Vega. Me refiero a triangular, al acto espantoso, torturante, horrible de triangular.

—No lo sé, licenciado.

—Yo se lo voy a explicar. Triangular es el acto de ligar con triángulos los puntos de una comarca para hacer su plano.

—No entiendo bien, licenciado.

—Poeta, dicho eso así, no pareciera tener mayor importancia. Uno puede decir que no tiene nada de horrible el acto de triangular porque se trata de un inofensivo acto matemático. Muy bien. Supóngase que Ud. tiene tres amigos muy queridos, que alterna diariamente con ellos, que comen en la misma mesa, que son amigos desde la más tierna infancia, que viven en la misma casa. Supóngase que Ud., estudiante de Derecho, es decir de todo cuanto esté en el más completo divorcio con las disciplinas matemáticas, busque el Código Administrativo. Pero claro, no lo encuentra. Alguien lo tiró en cualquier parte y en el lugar que Ud. lo dejó hay un estudio topográfico ya que,

como ya habrá adivinado, los tres son estudiantes de ingeniería. Que a la hora de comer uno de los queridos compañeros mantenga una deliciosa conversación más o menos en estos términos: "el ángulo de intersección de dos tangentes es el suplemento del ángulo central cuyos lados pasan por los puntos de tangencia; y el ángulo externo formado por una tangente, etc., etc., etc.". Muy bien. Supongamos que uno, por razones de antigua amistad, se mantenga escuchando cosas tan interesantes como estas por espacio de seis años. Qué sucede, querido poeta? Odio. Eso es. Odio a la geometría, a la trigonometría, a todos los imbéciles ingenieros del mundo que hablen de cosas tan repulsivas. Cuando salí de la capital, créamelo, no le huía a los amigos, le huía a la trigonometría aplicada a todos los actos cotidianos. Este pueblo con sus casas torcidas me salvó. Solo hay algo que me molesta. Es la estructura de la Fiscalía. Se ha fijado, poeta? Paredes de cemento blancas, rígidas. Nó, no es posible. De allí poeta, el zumbido, mi zumbido. Mi secreto, poeta.

Por largo rato permanecen inmóviles. Luego abandonan la cantina estrechamente abrazados. Afuera, en la calle, los cangrejos huyen ante el paso del poeta y el licenciado. Se acercan a la orilla del mar. Sobre unos peñascos se sientan y contemplan la inmensidad de la bahía bajo la luna.

—Licenciado, alguien, un poeta ha dicho: "*Piojos, piojos, piojos atacando la sal*". Es bello, verdad?

—Bello, bello poeta.

—Eso tiene la belleza de una condena para

todos los habitantes hambrientos del mundo. Inmenso debe ser el zumbido interior de ese poeta.

—Inmenso.

El licenciado contempla el agua plateada. Golpea la ola con un suave murmullo. De pronto se para y camina inseguro hacia el mar.

Oh arena de plata, fécula de estrellas. Quién pudiera descansar en el fondo del agua y contemplar el cielo, eternamente. Y sobre todo, ser arena de plata, fécula de estrellas y tener un horizonte de conchas y de peces.

—No!

El grito del poeta rueda entre los peñascos. El licenciado avanza en el agua. Esa sensación de frescura, tan deliciosa. El agua sobre el pecho acorta la respiración, los oídos recogen el sonido amigo del mar.

—Licenciado, no.

Los peñascos se empinan, asombrados.

—La muerte no puede venir así, licenciado. Es preciso aceptar el destino de los fuertes. Guerra licenciado, guerra al pequeño burgués, al piojo!

Es como tener alas. El peso humillante de los pies se disuelve y hay una nueva dimensión adueñándose del equilibrio, destruyendo la actitud del hombre que anda por el mundo ridículamente erguido sobre dos piernas y dos pies. Una pequeña ola baña la cara del Fiscal y el agua salada penetra en la nariz quemando la mucosa. Otra ola avanza. El funcionario tuerce la cara. Sin embargo, repentinamente fortalecido, sigue avanzando de cara a la ola. El agua llega. Penetra furiosa por las ventanillas de la nariz y una dolorosa sensa-

ción, comparable solamente a la crueldad de un tornillo candente que desgarrara la masa encefálica, paraliza la resolución del Fiscal. Despaciosamente regresa a los peñascos. Se sienta jadeante. Mirando al poeta dice:

—Poeta, se impone la defensa de la sal!

Sus dos fuertes manos esbozan, con los pulgares, el gesto de estar aplastando piojos a centenares.

—Licenciado, mire.

A lo lejos, entre una distancia de techos y de palmeras se eleva la Fiscalía, monstruo encalado, pesadilla en blanco, incubadora de piojos y de alegatos alucinantes. Cruzan los dos hombres una mirada terrible. Caminan de nuevo por las calles chapoteando en los charcos que reflejan la luna inexorable.

La Fiscalía se eleva en la noche. Los dos amigos se acercan. Improvisan unas teas. Una sonrisa inmensa alumbra la cara del Fiscal. Acerca la llama a unas escaleras que parten derechas y perfectas hacia arriba. Fermín Vega, poeta y mutilado, se planta en el umbral del edificio. Hay una conmoción en la calle. Llegan hombres corriendo. Pálido y magnífico grita a la muchedumbre congregada:

—AUFHEBEN!...

El Fiscal suspende por unos segundos la tarea purificadora y busca entre los rostros de los espectadores al secretario de la Fiscalía del Distrito Judicial. Un silbato de policía parte en dos el silencio del puerto-pueblo. El secretario del Fiscal contempla a su jefe. Arremete el Fiscal.

—Piojo... PIOJO.

Un grito horrible estremece a la muchedumbre. Sonriente el Fiscal arranca de cuajo la oreja derecha del secretario y la escupe con odio. El poeta repite desafiante:

—AUFHEBEN!...

Fué tarea difícil reducir a los dos hombres. Un barquito se los llevó después de unos días.

En la capital el médico confirmó el diagnóstico.

Bocas del Toro, Marzo de 1944.



BIBLIOGRAFIA

EPOCAS. Poco después de que tuviéramos la noticia de que estaba en circulación la revista "Epocas", de nuestro buen amigo don Samuel Lewis Jr., nos dimos a recorrer todas las librerías de esta Capital en solicitud de un número; mas todo fué inútil, porque, para nuestra sorpresa, donde quiera que la solicitáramos se nos decía: "Voló en seguida". A pesar de que nos dolía quedarnos sin un número de dicha publicación, nos alegrábamnos a la vez por su rotundo éxito, sin precedentes en Panamá, donde han aparecido muchas revistas y han muerto en sus comienzos por inanición. El hecho de que "Epocas" haya "volado" rápidamente desde su primer número, es un excelente augurio de su larga existencia. Esto demuestra, además, que ya nuestro público se viene interesando por lo nuestro. Felicitamos a don Samuel por su éxito.

Moisés CASTILLO.

(*"Miscelánea"*, Agosto, 1946)

BIBLIOTECA SELECTA

- 1 VOCACION FILOSOFICA
del Doctor Justo Arosemena
por El Dr. J. D. Moscote
El Marqués de Lumbría
novela por Miguel de Unamuno.
- 2 PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO
por el Dr. Octavio Méndez Pereira
La Institutriz
novela por Stefan Zweig
- 3 INTRODUCCION AL CUENTO PANAMENC
por Enrique Ruíz Vernacci
y Cuentos de Salón Ponce Aguilera
Dario Herrera y Ricardo Miró
- 4 "TODO UN CONFLICTO DE SANGRE"
A la Orilla de las Estatuas Maduras
dos cuentos de Rogelio Sinán
- 5 SIETE CUENTOS MEXICANOS
Selección y Nota Preliminar
por Manuel Maples Arce.
- 6 EL CIEGO DEL BULABA
Novela corta inédita
por Alfredo Cantón.
- 7 LA CERCA DE PIÑUELAS
"La Hija del Viento"
dos cuentos de Julio B. Sosa
- 8 PANAMA ES UNA TACITA DE ORO
novela corta inédita
por Fito Aguilera.
Cuento del Arriero y del Diablo
por Fialho D'Almeida.

**CUATRO CUENTOS INEDITOS
DE AUTORES PANAMENOS**

JUAN O. DIAZ L.

"VIERNES SANTO BAUTISTA"

Relato autobiográfico, trazado con sutil ironía, en el que Díaz evoca sus tiempos de estudiante.

OFELIA HOOPER

"EL INDIO SEÑIL DOMADOR DE JAGUARES"

Leyenda guaimí donde campea la gallarda silueta del valiente Señil atravesando las selvas acompañado por sus treinta jaguares.

Dr. J. M. NUÑEZ

"¡TATA!"

Cuento de vigoroso realismo en el que la vorágine del vicio y las fuerzas de la naturaleza bravía castigan rudamente al viejo "tata", ebrio de alcohol y de pasiones.

Aparecerán en los próximos números de la

BIBLIOTECA SELECTA

CONCURSO LITERARIO

Gane 25 Balboas

La Farmacia Selecta, en gesto digno de lo, presta su apoyo decidido a nuestra empresa de difusión cultural patrocinando este CONCURSO DE CUENTOS al que concurrirán únicamente los alumnos de los Colegios de Segunda Enseñanza.

El tema y la extensión de los cuentos quedan a voluntad de los concursantes.

Los trabajos (tres copias) deben enviarse a Biblioteca Selecta, Concurso Literario, Apartado 3181—Panamá—antes del 15 de Octubre, fecha en que se cierra el Concurso.

Los resultados se darán a conocer en No. 11 de Biblioteca Selecta correspondiente al mes de Noviembre.

Habrà un premio único de VEINTICINCO BALBOAS y las menciones honoríficas que el jurado crea conveniente.



Finísimos modelos interpretados en las novísimas telas COHAM, MIRROR, TEST y CELANESE.

Las características que distinguen a nuestros vestidos son únicas y exclusivas, su corte perfecto y su impecable confección hacen de ellos los mejores.



EL CORTE INGLES

PANAMA

COLON

CURACAO — ARUBA

RADIO MIRAMAR

- **BUENOS PROGRAMAS**
- **MUSICA SELECTA**

Sintonícela

630 kilociclos

Onda Corta

750 kilociclos

Onda Larga

Los cuentos publicados en Biblioteca Selecta serán leídos a través de nuestros micrófonos de 10.15 a 10.30 p.m., todos los días, menos los domingos.

Importante para las Amas de Casa

Hay reglas fundamentales, relacionadas con la cocina y los alimentos que deben ser observadas cuidadosamente en todos los hogares. Son las siguientes:

1) Use para preparar las comidas la mayor cantidad de vegetales verdes y amarillos: como frijoles, habas, arvejas, garbanzos y porotos. Los vegetales verdes y amarillos, se conservan mejor en lugares frescos.

2) Prepare las frutas y los vegetales que va a servir a la familia en el mismo momento en que van a comerlos. Cocine los vegetales minutos antes de poner la mesa. Las vitaminas que contienen los vegetales se pierden en gran parte cuando son calentados varias veces o cocidos durante mucho tiempo. Es preferible servir los vegetales crudos. Así alimentan más.

3) Si usted cocina demasiado los vegetales perderán mucha de la cantidad de vitamina A, B y C que ellos contengan.

Mucha comida de vegetales, hortalizas y legumbres.

Los dulces, las grasas tienen más calorías que la leche. Las personas gordas que desean rebajar de peso no tienen porque suprimir la leche de los alimentos.

Las jóvenes que hacen esfuerzos para mantener la línea de moda cometen grave error al reducir la dieta de ciertos alimentos. Algunas jóvenes y mujeres obesas suprimen por completo muchos alimentos al día. Tal práctica puede dar lugar a futuras enfermedades. La línea solamente se conserva mediante el ejercicio. En lugar de reducir los alimentos se debe proceder a mantener el cuerpo en constante ejercicio calisténico.

El queso es un alimento que muchas personas creen que no es de fácil digestión. El queso es completamente digestible; pero se aconseja al comer queso ingerir también alimentos que hagan bulto en el estómago; por ejemplo el pan.

Muchas personas creen que el consumo de abundantes frutas ácidas provoca la enfermedad conocida con el nombre de acidez. Tal cosa es un error. Ninguna persona debe dejar de comer frutas ácidas si no se lo ordena especialmente el médico.

Los alimentos en lata especialmente los vegetales alimentan más que los frescos porque provienen de plantas cultivadas en huertos especiales, cuidadosamente, cocidos con toda la regla de la ciencia nutritiva y en condiciones sanitarias inmejorables.

Otras personas creen que la leche tomada con frutas hace daño sobre todo si son frutas ácidas. La leche es digestible con cualquier clase de frutas.

Las comidas que tienen abundante grasa en forma de salsas son menos fáciles de digerir que aquellas preparadas con poca salsa.

(Junta Nacional de Nutrición — Banco Agro-Pecuario)

! P r ó x i m a m e n t e !

CUENTOS GUATEMALTECOS

Selección

y nota preliminar

por

ALFONSO ORANTES

MUEBLERIA LA GARANTIA

CALLE "I", No. 4

A LA VILLA DE CARACAS

IMPORTADORES DE MERCANCIA EN GENERAL

*Visite nuestro departamento al por mayor
y encontrará los precios más bajos
de la plaza.*

Calle 13 Este, No. 8 -- Teléfono 388 -- Apartado 118

Panamá, R. de P.

HECHOS

Noticiario de Actualidad

Informaciones de palpitante interés sobre
la vida nacional y extranjera.

Editor-Gerente: Gerardo L. Díaz

Directora: Luisita Aguilera

Apartado: 3106

Panamá, R. de P.



Director:

JORGE RODRIGUEZ AUERBACH

Estará a la venta en todas las librerías y puestos de revistas
de la República a partir del 15 de Sept.

Piense en *EXITO*

Pida EXITO

Lea EXITO

Notas de Actualidad — Canciones — Pa-
satiempos — Distracciones — Chistes —
Cuentos — Poesías — Comentarios Inter-
nacionales — Gráficas — Artes — Cine-
matografía — Deportes — Modas — Con-
cursos Novedosos.

Administrador:

RAMON FERNANDEZ DOMENECH

Panamá, R. de P.

Teléfono 2202

Apartado 3235

LECHE MARCA

AMEGLIO

HELADOS

SUAVEL

Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.

Calle Juan B. Sosa, No. 5

Teléfono 2066

Panamá, R. de P.

ANGELINI

COMERCIANTES EN LICORES

DESDE 1890

Teléfonos 887 - 1687

Ave. Central, 779

SUSCRIBASE
a la
BIBLIOTECA
SELECTA
PRECIO Bl. 1.50
AL AÑO
envíe su vale postal
al apartado 3181

MUEBLERIA
TUÑON
Ave. Central y Calle 31
(Edificio San Roque)
*Muebles cómodos y
elegantes a precios
especiales.*
COMPRE SUS MUEBLES
CON TIEMPO.
*Aproveche nuestros
precios especiales.*

Invierta su Dinero Inteligentemente...
Suscríbase al Extarordinario
CLUB DE MERCANCIAS
Con solo B/. 1.00 por Semana y reciba
B/. 25.00 en Mercancías de su gusto
SIN DESCUENTO ALGUNO
Compre su Acción HOY !!
Novedades Antonio Calle "I"
(EL ALMACEN CON AIRE ACONDICIONADO)
Antigua Casa Kaiser

FARMACIA SELECTA

Magnífico Surtido de Medicinas de Patente.

PERFUMES
COSMETICOS
PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66.

Calle "T", No. 4

EL BUEN VECINO, S. A.

(Carretera del Aeropuerto, No. 60)

GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES
Y UNIFORMES PARA NIÑOS
Y HOMBRES.

Gerente General: RAIMUNDO ORTEGA VIETO

Teléfono 2732-J.

Apartado: 572

**NO DIGA CAFE
DIGA
CAFE DURAN**



IMPRESIONES — ALTO RELIEVE
PROCESO DE LITOGRAFIA
RAYADO — ENCUADERNACIONES

IMPRENTA DE LA ACADEMIA

Calle Juan B. Sosa, No. 8.

Panamá, R. de P.



LA SUPER COLA
CANADA DRY

Lotería Nacional de Beneficencia

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad de la
República se sostienen con el producto de
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.



PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS SEMA-
NAS BILLETES DEL SORTEO ORDINARIO
Y DE LOS "3 GOLPES".



No Compre Chance Clandestino



Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados com-
prando únicamente billetes de la
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
DE PANAMA



RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAORDINARIOS
SON EN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

dirigida por ROGELIO SINAN

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 31, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.

PRECIO DE SUSCRIPCION
B/. 1.50 AL AÑO

Imprenta LA NACION